

Capítulo III.

Un desaire.

Era distinto el aspecto de Diego, después de haber salido de la cátedra en donde reunía Pedro Mártir al infante, á sus amigos y á sus pajes, que cuando después de haber pasado la noche en el insomnio, se despedía de Inés para ir á palacio á cumplir sus deberes.

La jóven lo conocía, y se guardaba muy bien de hablarle en sus momentos de tristeza, porque su herida era de aquellas que no podían sondarse sin producir un inmenso dolor.

Pero al volver, cuando su frente estaba más serena, cuando sus ojos revelaban esa tranquila y apacible alegría del hombre que por medio del estudio ha avanzado un paso más en la comprensión de su

Creador, se aprovechaba de su actitud benévola, le distraía y le consolaba con la esperanza de que al fin y al cabo el tiempo cicatrizaría la herida, y las riquezas y los honores que por sí propio y por su padre adquiriese, le incitarían á disfrutar del porvenir brillante que le estaba reservado.

Ya estaba Diego acostumbrado á los consuelos de su jóven madre, como él la llamaba, y sin embargo, un día, al volver de la lección, notó que apenas le dirigió la palabra.

Estaba preocupada.

Al día siguiente sucedió lo mismo.

Trascurrieron algunos días, y la que antes se mostraba tan solícita para con él, la que antes se desvivía por halagar su imaginación, por recordarle los triunfos de su padre, permanecía silenciosa, preocupada, triste.

¿Qué sucedía?

¿Era él, por ventura la causa de la tristeza de Inés?

Existía algún motivo que pudiera turbar el resignado dolor que llenaba su alma.

Diego á su vez se preocupó, y al fin y al cabo, deseando conocer la causa de aquella situación incomprendible para él, habló á Inés.

—No es solo en mí deber de gratitud, sino deber de afecto preguntaros cuál es la causa que motiva vuestra tristeza.

—¿Mi tristeza?—exclamó Inés viéndose sorprendida,—yo no estoy triste.

—En vano quereis ocultármelo: os debo demasiado cariño, sois demasiado buena para nosotros, y aunque yo sufro por mis desdichas, todavía puede mi corazón sufrir las vuestras.

—No, Diego, no; os aseguro que no sufro.

Pero como á estas palabras acompañaron algunas lágrimas que furtivamente asomaron á sus ojos:

—Decid al ménos á vuestro llanto que no brote,—añadió Diego, y entonces os creeré.

Inés se serenó.

—Creedme, amigo mio, estoy tranquila.

—Cuando tanto ocultais vuestra pena, mi hermano ó yo la hemos causado.

—¡Oh! No, no lo creais; no habeis sido vosotros,—exclamó Inés.

—¿Luego ha habido alguien?

—No intentéis descubrir este secreto.

—¿Teneis secretos para mí, para vuestro hijo, para vuestro hermano?

No era posible resistir aquella reconvencion.

Inés confió á Diego lo que le sucedia.

No tenia motivos para quejarse de Juan de Aguado que le trataba con la mayor consideracion, que solo aspiraba á labrar su dicha.

Pero habia amado con toda su alma á su esposo, adoraba su recuerdo y queria pasar el resto de su vida unida por aquel lazo espiritual al hombre que estrechando su mano habia recibido al mismo tiempo que ella, la bendicion del sacerdote.

Diego, que sobre poco más ó menos se hallaba en

el mismo caso, que habia perdido á la que habia considerado desde el momento en que su amor fué correspondido como la compañera de su vida, y no hallaba más consuelo que recordándola, comprendió aquel cariño de Inés y le pareció respetable y digno de admiracion.

Desde aquel momento no tuvo más deseo que librarla de las persecuciones amorosas de que era objeto.

—Tranquilizaos, mi buena Inés,—le dijo,—vuestra angustia cesará; yo os lo prometo.

Resolvió buscar á Aguado é invocar la generosidad de su alma para que abandonase sus pretensiones.

Al dia siguiente de dirigirse á palacio fué á la posada donde estaba hospedado el pretendiente.

Habia salido ya.

En efecto, habia acechado el momento en que Diego habia salido de su casa, y resuelto á vencer la obstinacion de Inés, habia ido á verla.

Las insinuaciones se convirtieron entónces en declaraciones formales.

Aguado confió á Inés el amor que le habia inspirado, los vivos deseos que tenia de labrar su felicidad, y al escuchar su negativa habia anunciado que se daria la muerte en su presencia.

Inés habia evocado para apartarle de aquel mal pensamiento las ideas religiosas.

Pero Aguado, ébrio de pasion, habia empezado á olvidar las conveniencias, y cayendo á los piés de la

jóven, la aseguraba que sin la promesa de pagar su cariño no se apartaría de ella y moriría á su vista.

Diego llegó bastante á tiempo para sacar á Inés de aquella situacion afflictiva.

Al verle se levantó Aguado, y tomando una actitud arrogante pareció desafiar al hijo de su protector.

Diego, conteniéndose cuanto podia:

—Confío, caballero,—le dijo,—en que no volveréis nunca á esta casa.

—Nunca,—dijo Aguado,—yo os lo prometo, pero el desaire que he recibido tendrá venganza.

—Id en paz, y que Dios os perdone,—dijo Diego.

Aguado, furioso, porque era vehemente y veia malograrse sus deseos, salió á la calle.

Comenzó á andar, sin reparar que una persona que le expiaba seguia sus pasos.

Dobló una esquina y oyó que le llamaban.

—¿Quereis vengaros de ella?—le dijo una mujer entrada en años que se acercó al irritado caballero.

—¿Quién sois?

—¿No me reconocéis?

—¡Ah! sí; tú eres la gitana que me dió asilo hace algunas noches cuando vine á Valladolid.

—La misma.

—¿Y vienes á gozarte en tu falsa prediccion?

—Al contrario; vengo á ofreceros los medios de que os vengueis de esa mujer altanera que os ha despreciado. Vengo además á indicaros el camino que se abre á la realizacion de vuestros ambiciosos deseos.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Venid conmigo.

—¿Dónde?

—A una calle inmediata. En una casa podremos hablar sin ser vistos, y además os pondré allí en relaciones con la persona que os ha de conducir al triunfo.

—Vamos.

—Me vengaré de esa insensata,—dijo la vieja.

—Yo humillaré su altivez, yo castigaré la audacia del pajecillo que ha presenciado mi derrota y me ha arrojado de su casa,—exclamó Juan de Aguado.

Juan de Aguado y la madre Remedios penetraron en una casa de pobre aspecto, cuya puerta abrió la gitana con una llave que llevaba.

—¿Vives aquí?—le preguntó Juan de Aguado.

—No por cierto; pero esta es casa de una amiga, que á estas horas estará sin duda en la iglesia entregada á sus devociones, y aquí podemos hablar sin que nadie nos oiga, mientras llega una persona que ha de seros muy útil.

Aguado no las tenia todas consigo; pero recordó que llevaba espada al cinto, y aguardó á ver el resultado que tenia aquella escena.

—Al hallaros há poco,—continuó la madre Remedios,—he visto en vuestro rostro las señales de la más justa indignacion. Os ha despreciado Inés, ¿no es cierto?

—Sí, ha rechazado mi cariño.

—¿Como una gran señora sin duda?

—Como arrogante, incomprensible.

—Y sin embargo, de haber sabido lo que yo sé, podrias haber humillado su altanería.

—¿Qué decís?

—En primer lugar, que no debeis apesadumbraros por los desdenes de que sois objeto. Yo os anuncié que haciéndole la corte conseguiriais la realizacion de vuestros deseos; pero esto no quiere decir de ningun modo que necesiteis su amor para lograrlo. Y á fé que no me extraña el desden conque os ha tratado. Todo eso es natural en las personas que desde la más baja esfera saben elevarse á la más alta.

—¿Y esa mujer?...

—Conozco perfectamente su historia.

—Refiéremela entonces.

—No os he llamado con otro objeto.

Esa mujer,—prosiguió la gitana,—nació en el seno de una familia pobre, en un puerto próximo á Huelva, que se llama Palos. Su padre era un trajinero, un infeliz, que vivia poco ménos que en la miseria.

—¿Y cómo ha llegado á la posicion que ocupa?

—Todo lo debe á unas gitanas, á unas hermanas mias que pasaron por la aldea, y compadeciéndose de su mísero estado, le ofrecieron llevarla en su compañía, proporcionarla una casa donde vivir y mejorar su situacion.

—¿Y ella les escuchó?

—Con entusiasmo; halagada su imaginacion con las promesas que le hicieron, siguió á las gitanas, y

tuvo bastante valor para abandonar á sus pobres padres, que lloraron amargamente su ausencia, en tanto que ella, con la esperanza de medrar, se apartaba de su lado sin verter una lágrima siquiera.

—¿Y dónde la llevaron las gitanas?

—A Córdoba; allí pensaban colocarla de criada en alguna casa de las más nobles de la ciudad, y confiaban en que, agradecida á los favores que la hacian, partiria con ellas su soldada; pero la vió un paje de una dama ilustre; aquel paje se prendó de su hermosura; ella, á pesar de su inocencia, supo muy bien tenderle la red, le aprisionó en sus brazos, y cuando con él abandonó á las gitanas, logró entrar al servicio de la dama de quien era el paje su amante.

Entre los dos engañaron á la buena señora, y no fué este el único mal que la hicieron.

—¿Estás cierta de todo lo que me dices?

—Os lo puedo jurar. La taimada Inés servia en casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba cuando su padre llegó á Córdoba acompañando á la ciudad á Cristóbal Colon, que entonces era un pobre hombre, sin más recursos que los que la piedad del prior del convento de la Rábida le habia proporcionado.

—Pero ¿era un extranjero?

—Un extranjero, sí; un extranjero que habia engañado al venerable sacerdote, y que, habiendo encontrado en Inés y en su amante nuevos cómplices, hizo ver al padre de la jóven que su hija era una santa, y pidió á los sirvientes en cambio de este favor que le ayudaran á seducir á su ama, la cual cayó

en el lazo, y por su culpa tuvo que abandonar la corte y murió víctima de su remordimiento después de haber dado á luz á uno de los dos hijos de Colon, á quien habeis hallado en compañía de esa mujer.

—Todo lo comprendo,—dijo Aguado, creyendo en la calumnia.

—Doña Beatriz era muy rica; Colon tenia demasiada habilidad, y siguiendo de acuerdo con sus cómplices, hizo que su desventurada amante nombrase herederos de todos sus bienes á sus sirvientes antes de morir; estos partieron con su protector las riquezas, y esa es la clave del lazo que los une.

Hubiérais podido muy bien, al despreciaros esa plebeya, que todo lo debe á su falsía, arrojarle en cara su pasado, humillarla, escarnecerle; hubiérais podido decirle que la honrábais mucho pidiéndola para esposa, á la mujer á quien os seria fácil comprar para manceba.

—¿Y por qué no me has hablado antes de ese modo?—dijo Aguado mudando de expresion.

—Todavía es tiempo para vuestra venganza.

Hoy ya sabeis cuál es su origen, cuál el de ese hombre á quien habeis servido, y cuya gloria parece eclipsar la de los demás hombres.

La proteccion que le han dispensado los reyes la debe á doña Beatriz Enriquez de Córdoba.

Su amante era una de las damas predilectas de su majestad.

Por ella conoció á algunos ilustres prelados, que le han prestado en todo tiempo su proteccion.

Con sus malas artes ha engañado á los reyes, y no falta quien diga que no es el primero que ha descubierto esos países donde habeis estado.

—¿Tú sabes algo acerca de eso?—preguntó Aguado.

—Cuentan los que lo saben todo, los que han estado en Portugal, que un viajero antes que él descubrió aquellas tierras; que arrojado por la tempestad á un país en donde se hallaba Colon, confió á éste su secreto antes de morir, y que gracias á esto ha podido vender como un descubrimiento suyo lo que á otro hombre costó la vida.

Es, pues, lo que ha hecho una usurpacion; las riquezas que adquiere no le pertenecen, los títulos con que los soberanos le honran no son suyos; sus hijos, que hoy disfrutan la privanza al lado del infante, son indignos de esta honra.

Hay en España una persona que lo sabe todo, que deseosa de arrancar de los ojos de los reyes la venda que les oculta la verdadera significacion de ese hombre á quien veneran, quiere á toda costa presentarle á sus ojos tal cual es.

Esa persona á quien aludo tiene gran influencia en la corte, y un emisario suyo no tardará en venir para llevaros á su lado.

Puedo recomendaros á él para que le ayudeis á llevar á cabo su propósito, y no me extrañaria, si tal hiciérais, que el premio de vuestros servicios fuese la realizacion de vuestra ambicion, de vuestras esperanzas.

—¿Pero quién eres tú,—dijo Aguado, fijando una penetrante mirada en la vieja,—quién eres tú que tanto sabes, que tienes medios de ponerme en contacto con los enemigos de Colón?

—Yo,—contestó la anciana,—soy la que, arrebatando de la miseria á esa mujer que os ha ultrajado, recibí en premio de mis sacrificios la más negra de las ingratitudes; yo que he expiado desde entonces todos sus actos, todos sus pensamientos, que la he visto perder á su ama ante la esperanza de alcanzar sus riquezas; yo sé que es mentira todo ese falso culto que tributa á la memoria del que llama su esposo; porque la verdad es que está ligada por un lazo indisoluble á Colón, porque ella fué quien hizo dar muerte á su esposo para estar libre; porque ella es la que, vendiendo un cariño maternal á los hijos del almirante, aspira á catequizarlos con el objeto de unirse á su padre y compartir con él los honores y las riquezas que adquiriera.

Esa ha sido la causa por la que ha despreciado vuestro afecto; ese es el motivo por el cual la persigo; porque no es justo que los que se cubren con la máscara de la hipocresía puedan engañar impunemente á las almas honradas.

—¡Oh! Yo te prometo que le arrancaré la máscara,—exclamó Aguado.

—Su ruina y la del hombre que la ampara han de ser vuestro triunfo.

En esto llamaron á la puerta, y entró un hombre de mala catadura, á quien saludó la madre Re-

medios con las mayores muestras de consideración.

—Pasad, pasad,—le dijo,—aquí teneis al caballero de quien tanto os he hablado. Confíadle con franqueza la misión que traeis.

El recién llegado se adelantó hácia don Juan, y haciendo una seña á la gitana, desapareció esta.

—Caballero, le dijo,—vos sois don Juan de Aguado, ¿no es cierto?

—Para servirlos.

—¿Habeis llegado hace poco de la India con varios españoles, y habeis traído con Gorbala una misión del almirante Cristóbal Colón para los reyes?

—Es cierto.

—Pues bien; vuestro compañero no piensa venir á la corte. Ha dicho la verdad de lo que pasa en la colonia que habeis fundado en aquellas tierras, y como se trata de la vida de muchos españoles y de arrancar la máscara á un falsario, si quereis uniros á él para decir la verdad, no solo ejecutareis una buena acción, sino que hallareis una gran recompensa.

—¿Quién os envía á mí?

—Una persona que tiene el sagrado deber de evitar que se engañe á los reyes de España.

—Pero es el caso,—dijo Aguado,—que he presentado mis credenciales á los reyes, y que he hecho en presencia los mayores elogios de Colón.

—Tanto mejor; de esa manera vuestras palabras serán más autorizadas. Teneis vuestra fortuna en las manos. Es muy posible que, accediendo á los ruegos

de la persona que me envia á hablaros, nombren los reyes un investigador de todo lo que pase allende el mar, con atribuciones bastantes para examinar los actos de Colon y suspender sus facultades.

—El que logre tal honra ocupará una de las primeras posiciones del mundo, y bien pudiera ser que ese alto cargo recayera en vos.

—¿Qué necesito hacer para eso?

—Jurar primero guardar secreto sobre las proposiciones que acabo de haceros, y seguirme despues adonde os esperan para comunicaros lo que debéis hacer.

Aguado vaciló un momento.

—¿Qué resolveis?

—Guiadme,—dijo.

—Es necesario que nos pongamos en camino.

—¿A dónde hemos de ir?

—A Búrgos.

—¿No me podeis decir quién es la persona que nos espera?

—Jurad antes sobre la cruz de vuestra espada guardar siempre el mayor secreto.

—Lo juro,—dijo Aguado.

—Os advierto,—añadió el desconocido, que yo no me separaré un sólo instante de vos, y que si faltais al juramento que acabais de hacer morireis á mis manos.

—No necesito semejante amenaza. Soy caballero, soy cristiano, y acabo de invocar el testimonio de la cruz.

—Pues entonces en marcha.

—¿Quién nos espera?

—El obispo Fonseca.

Los dos salieron de la casa, fueron á la posada en donde se hospedaba Aguado, éste se despidió, acompañó al emisario del obispo, que se llamaba Pedro Ibañez, fueron á otro meson en donde habia mulas preparadas, montaron en ellas y salieron de Valladolid con direccion á Búrgos.

Al cabo de dos jornadas llegaron á aquella ciudad, y Aguado encontró alojamiento en el palacio del obispo.

Al dia siguiente fué presentado á él por Pedro Ibañez.

El emisario de Fonseca no le habia engañado.

Gorbalan estaba en Búrgos, y catequizado por los enemigos de Colon, no sólo habia sido ingrato, sino que estaba resuelto para medrar á sacrificar al que tantas pruebas de deferencia le habia dado.

Y sin embargo el obispo Fonseca que en poder de la cruz de la espada, envia á un emisario de su corte para que se presente á Colon en Búrgos, y le presente sus respetos, y le presente sus deseos de verle, y le presente sus deseos de verle, y le presente sus deseos de verle.

Y sin embargo el obispo Fonseca que en poder de la cruz de la espada, envia á un emisario de su corte para que se presente á Colon en Búrgos, y le presente sus respetos, y le presente sus deseos de verle, y le presente sus deseos de verle, y le presente sus deseos de verle.